

«EL HOMBRE CON SU CONTRADICCIÓN»: del desflorador avergonzado al «hombre color mujer»*

Fredy Ricardo Moreno Chía**

Resumen

El presente trabajo parte de la idea según la cual “lo masculino” posee una contradicción interna. Esta idea que es sustentada en algunas referencias freudianas es puesta a la luz de las formulaciones de Jacques Lacan, en particular su teoría de la sexuación y sus desarrollos en torno al nudo borromeo. Nos preguntamos cómo estas formulaciones dan cuenta de esa contradicción interna de la masculinidad, e intentamos una posible respuesta en la afirmación de Lacan, según la cual hay “hombre color mujer” y cuyo contexto corresponde a su teoría acerca del *sinthome*.

Palabras clave: Masculino, sexuación, bisexualidad, *sinthome*.

* Este trabajo, con algunas pocas variaciones, fue presentado en el coloquio llevado a cabo entre el 15 y el 17 de abril de 2009, dedicado al Seminario de profundización R-S-I de la Maestría en Investigación Psicoanalítica de la Universidad de Antioquia en su segunda cohorte. Este trabajo hace parte de la investigación inscrita en dicha maestría, cuyo título es: *Diferenciación sexual y constitución de la masculinidad en la adolescencia*.

** Psicólogo. Docente del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia, en calidad de Estudiante instructor. Estudiante de Maestría en Investigación psicoanalítica, Universidad de Antioquia (Medellín- Colombia).

“THE MAN WITH HIS CONTRADICTION”:
from ashamed deflowerer to “woman-
colored man”

Abstract

The basis of this article is the idea that “the masculine” has an internal contradiction. This is supported by some freudian references, and brought out by Jacques Lacan’s formulations, particularly in his sexuaction theory and his innovations on the borromean knot. We wonder how these statements explain the internal contradiction of masculinity, and we look for a possible answer in Lacan’s assertion that there is a “woman-colored man”, whose context corresponds to his theory of the *sinthome*.

Key words: Masculine, sexuaction, bisexuality, *sinthome*.

« L’HOMME DANS SA CONTRADICTION »
Du défloreur honteux à « l’homme couleur
de femme »

Résumé

L’idée que « le masculin » possède une contradiction interne est le point de départ de ce travail. Cette idée, qui est soutenue dans quelques références freudiennes, es mise sous la lumière des formulations de Jacques Lacan, en particulier sa théorie de la sexuaction et ses développements autour du nœud borroméen. Nous nous interrogeons sur la manière dont ces formulations rendent compte de cette contradiction interne de la masculinité, et nous procurons une possible réponse dans l’affirmation de Lacan selon laquelle il y a « homme couleur de femme »

et dont le contexte correspond à sa théorie sur le *sinthome*.

Recibido: 24/05/09 Evaluated: 30/11/09

Aprobado: 5/12/09

Mots-clés : le masculin, sexuation, la bisexualité, le *sinthome*.

1. El hombre con su contradicción en la versión freudiana

El título «El hombre con su contradicción» tiene origen en uno de esos casos freudianos aislados e incluso olvidados, pero que reconstruido a partir de la correspondencia Freud-Fliess, ha constituido uno de los primeros elementos indiciarios en la investigación acerca de la masculinidad, en la cual tiene lugar este escrito.

El señor *E*, quien estuvo cinco años en tratamiento con Freud, padecía de una serie de síntomas, entre ellos el siguiente: se avergonzaba y sudaba por la fantasía de «desflorar» a toda persona que se encontrara en el teatro. Avergonzado por su fantasía y con la «inquina del vencido», se repetía para sus adentros: “[...] ahora cree esa gansa estúpida que me avergüenzo ante ella. ¡Si la tuviera en la cama ya vería lo poco que me turba!” (1994: 378)

Freud separa las circunstancias que hicieron que «el deseo se dirigiera a esta fantasía»: 1. La idea de «desflorador» surge del fracaso de no haber terminado botánica en la universidad; el señor *E* prosigue entonces este intento ahora como desflorador de mujeres. 2. El sudor emerge del hecho de que su hermano le tirara a la cara agua con jabón cuando el señor *E* tenía tres años de edad. 3. La vergüenza que lo inhibe ante algunas damas está anclada al siguiente suceso: a los 14 años *E* se masturbó en un lugar muy particular en Suiza, frente a la cadena montañosa *Jungfrau*, que traduce *La mujer virgen*. El suceso determinó que con otra «mujer virgen» no se hubiera «encarado» al menos genitualmente. Desde entonces les rehuyó deliberadamente a las de condición virginal, por eso sólo «buscó enredos con actrices».

Esta última característica, en particular, describe lo que Freud denomina «un hombre con su contradicción»; en este caso, un hombre que realiza en la fantasía su deseo de gran desflorador, pero al que por vergüenza el acto le está vedado.

Ahora bien, podemos encontrar en Freud ejemplos del «hombre con su contradicción» en distintos niveles; señalaremos algunos concernientes a las posiciones sexuales masculina-femenina. Citemos tres casos: el *hombre de los lobos*, la *joven homosexual* y el *presidente Schreber*.

En el primero, Freud resume la historia libidinal del paciente, considerando la conservación de «investiduras libidinosas de las más diversas clases y contradictorias entre sí». Así afirma que:

“[...] [La] infancia [del paciente] estuvo caracterizada por la oscilación entre actividad y pasividad; su pubertad, por la brega en torno de la masculinidad, y el período que siguió a la contracción de su enfermedad, por la lucha en torno del objeto de la aspiración masculina” (Freud, 2006: 107)

En el caso de la *joven homosexual*, Freud dice que ella adoptó una posición masculina frente a su objeto —la dama— y que la elección de este estuvo determinada porque la joven hallaba en esa su dama rasgos que coincidían tanto con el ideal de mujer como con el de hombre. En palabras de Freud, ese objeto reunía para la joven homosexual “la satisfacción de las dos orientaciones del deseo, la homosexual y la heterosexual” (2006: 150)

En lo concerniente a Schreber, se sabe que Freud hace depender el origen de la afección de un dominio de la libido homosexual; el paso «al primer plano» de la «feminidad» dio lugar a la «fantasía de la mudanza en mujer». De hecho, Freud propone una gramática de la paranoia en la que todas sus formas (persecución, erotomanía y de celos) se constituyen como «contradicciones» a una única frase: “Yo [un varón] lo amo [a un varón]” (2006: 58)

Como puede verse, en todos los casos aparece la dificultad de extraer una masculinidad toda o plena, en la medida en que ciertas tendencias masculinas deben compartir lugar con mociones de otro orden: actitudes pasivas, deseos homosexuales, libido homosexual, entre otras. Se sabe que la idea freudiana de una «bisexualidad

constitutiva» del ser humano está en el origen de la consideración de estas «contradicciones» inherentes a lo masculino.

2. “El hombre con su contradicción” en la versión lacaniana

Antes de avanzar desde una perspectiva lacaniana en el asunto tratado aquí, es preciso anotar que para hacer justicia a los autores, el examen de una noción, en este caso lo llamado masculino y su contradicción interna, debe hacerse sobre la base de las proposiciones mayores del autor implicado. En el caso de Lacan, sobre la idea según la cual «No hay relación sexual»¹. En su nivel más superficial, la afirmación indica que, como efecto del ingreso en el orden del lenguaje, no hay complementariedad entre los sexos, como la haría suponer una idea naturalista de la sexualidad.

Ahora bien, nuestro interés de ver si en Lacan existe una *idea* como la del «hombre con su contradicción», nos obliga a referirnos a sus fórmulas de la sexuación; allí podemos encontrar algunas características de la posición hombre y la posición mujer, para avanzar hacia lo que puede considerarse el indicio de esta *idea*, en lo que Lacan llama «el hombre color mujer».

3. Las fórmulas de la sexuación

La teoría de la sexuación aportada por Lacan tiene como eje central al falo, que hace las veces de significante amo del sexo, pues como él mismo comenta, negando cualquier esencialismo: “En el psiquismo no hay nada que permita al sujeto situarse como ser macho o ser hembra” (Lacan, 1977: 203). En esta teoría, lo masculino y lo femenino se hacen consustanciales a la dialéctica *ser y tener* el falo, sólo que la «ficción del macho» se basa en la creencia de ser lo que se tiene. Así se llega a la conclusión de que “él no es sin tenerlo” y “ella es sin tenerlo” (1958/59). Las dos inscripciones diferentes frente al falo: *todo fálico para el hombre y no toda fálica para la mujer*, dan lugar a dos posiciones

¹ La sentencia “no hay relación sexual” se basa en el hecho de que, como lo expresa Lacan en el seminario sobre *La lógica del fantasma*, el sujeto en el acto no encuentra el objeto de su deseo que el otro parece ocultarle. Pero en una acepción distinta indica el hecho de que los dos sexos no son complementarios, aún cuando están determinados por la misma función fálica.

distintas frente al goce: el «goce fálico», propiamente masculino y el «goce Otro», femenino.

Esta lógica imperturbada de Lacan, tiene la propiedad de describir posiciones deslindadas de lo masculino y lo femenino sin referencia a la anatomía, con lo cual se refuta la idea, algunas veces expuesta por Freud, de que sólo la anatomía podría dar cuenta de lo masculino y lo femenino; pero además, pone en cuestión la idea de que la diferencia anatómica determina la estructuración psíquica, como podría deducirse del título freudiano *Consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos*. En la línea de Lacan lo masculino y lo femenino corresponden a posiciones frente al goce independientes de la naturaleza macho o hembra.

Ahora bien, cada cuadro de las fórmulas de la sexuación corresponde con una de estas posiciones, del lado derecho hombre y del lado izquierdo mujer:

“Todo ser —dice Lacan— que habla se inscribe en uno u otro lado [del cuadro]. A la izquierda, la línea inferior $\forall X \Phi X$ indica que el hombre en tanto todo se inscribe mediante la función fálica [...] A la derecha tienen la inscripción de la parte mujer de los seres que hablan” (1998: 96)

La posibilidad de ser un hombre está determinada por dos proposiciones: 1. *Todo hombre* debe aceptar que lo concierna la castración, y 2. La certeza de que *al menos uno*, el padre, cuya referencia más inmediata es el padre de *Tótem y Tabú*, no está castrado. Entonces, por un lado, la falta en él mismo y, por otro, la ausencia de falta en el Padre. En este sentido, la lógica de Lacan transforma la lógica aristotélica que excluye del conjunto de proposiciones válidas la sucesión de una proposición universal afirmativa y una particular negativa. En esta lógica —la aristotélica— no es posible la coexistencia de dos afirmaciones tales como: «Todos los hombres son mortales» y «Sócrates es no mortal», dado el principio de no contradicción tan valioso para el lógico. Lacan, por su parte, admite dos proposiciones contradictorias como verdaderas. Para el lado hombre del cuadro, la excepción, el *al menos uno*, confirma la regla, es decir que Lacan funda el universal del hombre en la excepción que lo objeta. No sucede igual para el caso del lado mujer, allí no hay excepción, *no hay al menos una*. Una de las maneras de entender el papel lógico de la excepción es concebirla como límite o, si se quiere, como cierre del conjunto universal del lado hombre.

Ahora bien, si con esta propuesta de Lacan se produce una “des-anatomización” de la posición sexual, no obstante, parece haber implícita en sus fórmulas una suerte de universalización y de absolutismo de estas posiciones, pues las definiciones que de allí se extraen dicen que: *Todo* hombre es *todo* fálico y *Toda* mujer es *no toda* fálica. La siguiente afirmación de Lacan en “El atolondradricho” pone de presente esta universalidad en términos de absoluta necesidad. Allí, comentando que la vida se reproduce donde no hay relación, dice que: “A partir de ahí es preciso que obtengamos dos universales, dos *todos* suficientemente consistentes para separar en los seres hablantes [...] dos mitades tales que no se embrollen demasiado en la coiteración cuando lleguen a ella” (Lacan, 1984: 12)

Pero, ¿acaso este imperativo de dos universales, ese «es preciso que...» se establezcan «dos todos», entre ellos uno masculino *todo* fálico, no pone fin a la idea del hombre con su contradicción? Y al mismo tiempo, ¿acaso las figuras freudianas no muestran justamente las mayores dificultades para establecer lo masculino como unidad, es decir como un *todo*? Esto lleva a plantear esta otra pregunta: ¿Son en verdad “masculino-femenino” categorías discretas, o acaso las fórmulas permiten pensar en un continuo entre una y otra? Resumiendo: ¿el cuadro de las fórmulas representa las posiciones distintas de dos seres hablantes diferentes, o hay en él la posibilidad de pensar en dos posiciones sexuales distintas, sin exclusión, en un mismo *ser-hablante*?

Seguramente se pueden hacer interpretaciones en los dos sentidos, no obstante puede considerarse que la X que hace parte de las fórmulas de la sexuación, tanto para el lado derecho como para el izquierdo, representa las posibilidades sexuales de un mismo ser hablante. De lo contrario, Lacan hubiese distinguido con letras diversas (X) para un lado y (Y) para el otro, por ejemplo, si quisiera referir a dos seres distintos, radicalmente separados y con características irreductibles. Quizá pueda ser ingenuo extraer un argumento tomando como base un aspecto extremadamente formal, pues esa X también puede significar cualquier ser hablante, y no uno solo; pero este argumento es igualmente frágil como el anterior.

La dificultad de decidir a partir del mismo estudio de las fórmulas de la sexuación entre una de estas posibilidades antes señaladas, quizá venga en apoyo de la argumentación, si no bien de manera clara, con alguna pertinencia, una referencia a la relación sexual emplazada en el contexto del nudo borromeo y la problemática del

sinthome. Pero, antes de abordarlo es necesario hacer referencia a una particularidad de *la no relación sexual*, vinculada con el interrogante antes expuesto.

4. El *sinthome* y el vínculo en la no relación

Las fórmulas de la sexuación, como se ha dicho con anterioridad, se establecen sobre la idea de que *no hay relación sexual*, y en este sentido sería absolutamente erróneo pensar que un lado del cuadro es complementario del otro. Para que exista relación es necesario que se produzca un tercer término. Este tercer término, como dicen algunos autores (Le Gaufey, 2007: 187) no es ni el hijo, ni la pulsión, ni el fantasma, ni el amor, aunque otros psicoanalistas, al contrario, ven en el fantasma, en el sentido, en el objeto *a*, en el amor, en un supuesto «tercer sexo», entre otros, suplencias de la no relación (Bousseyroux, 2006: 199-209). El falo, ciertamente, aparece en algunos apartados de la obra de Lacan como ese tercer elemento. Por ejemplo, en el seminario *De un discurso que no fuera de apariencia* se puede leer la siguiente afirmación: “[...] hemos llegado, por la experiencia analítica, a la fundación de esto: esta relación no existe sin un tercer término: el falo, para hablar con propiedad. [...] Precisamente hay un tercer término por eso tiene que haber una relación.” (Lacan, 1971)

Sin embargo, hay que precisar que cuando el falo pasa a ser una función (función fálica), no puede servir como ese elemento que posibilita la relación, por el contrario, las fórmulas lo muestran, sirve para deslindar y reconocer dos posiciones sexuales del ser hablante, al parecer independientes e irreductibles. En este sentido debe preguntarse: ¿Existe un elemento que permita la relación?

Como lo han señalado algunos autores —Guy Le Gaufey entre otros—, entre 1972 y 1975 Lacan efectuó «imperceptiblemente» un desplazamiento de la negación «no hay relación sexual» a «hay una no relación sexual». La amplitud de este desplazamiento no se entiende sino en el contexto del uso del nudo borromeo.

En el seminario *R-S-I*, Lacan propone soportar la relación sexual a partir de dos anillos interpenetrados. No obstante, si entre los nudos puede haber interpenetración, no así entre los seres humanos, lo que lleva a representar «la no relación sexual» a partir de anillos separados que, en principio, Lacan representa con dos y luego con tres. En la

medida en que es necesario un otro eslabón que venga a establecer una relación entre ellos se produce el acceso al nudo borromeo para pensar esta «no relación sexual»: tres anillos que no están interpenetrados pero si enlazados. En la clase del 15 de abril de 1975, Lacan ofrece la siguiente definición del nudo borromeo en función de esta no relación sexual:

”Llamamos nudo borromeo a lo que se constituye de tal modo que [...] basta con romper uno de sus elementos para que todos los otros sean igualmente desanudados de cada uno. [...] Es en eso que me parece que puede soportarse de una manera decible, [...] el término de no-relación sexual en tanto que se soporta esencialmente de una no-relación de pareja” (Lacan, 1974)

Pero curiosamente, en esa misma clase, «la no relación sexual» adquiere estatus de vínculo: «el lazo es lo que yo llamo la no relación sexual». Como puede notarse, a la *relación*, reducida a la figura de dos anillos interpenetrados, y a la idea de la ausencia radical de relación sexual, le surge la no relación sexual como una nueva modalidad de lazo diferente, distinta pues, a la *relación*. Ahora bien, la necesidad del nudo borromeo parece indicar que la no relación sexual no equivale a la simple ausencia de relación, sino que conduce a un tipo de lazo que no puede ser soportado por las simples relaciones de a dos (Le Gaufey, 2006: 202).

Pero aquí no acaba esta innovación. Cuando Lacan, ya no en el seminario *R-S-I* sino en el seminario sobre el *sinthome*, decide colorear dos anillos del nudo borromeo y ponerle dirección a uno de ellos, encuentra como resultado la existencia de dos nudos irreductibles uno a otro. Lo importante de este paso en relación a la sexuación es lo siguiente: “La noción de par coloreado, sugiere que en el sexo no hay nada más que, el ser del color, lo que en sí sugiere que puede haber mujer color de hombre u hombre color de mujer” (2006: 92)

En resumen, como puede deducirse de esta afirmación, hay dos sexos, tal como Freud lo postuló. Sexos independientes, sin relación y, sin embargo, enlazados por una especie de vínculo por el que podrían llegar a intercambiarse en cada ser hablante, como el caso del hombre color mujer.

5. ¿Joyce, el paradigma del hombre color mujer?

El paradigma clínico, tanto de la idea de lazo en la no relación sexual, como de la existencia del hombre color mujer lo encontramos en Joyce y en el análisis hecho por Lacan de la función de la obra de y para este autor. Antes de indagar en qué sentido Joyce es el paradigma del *hombre color mujer*, es preciso revisar resumidamente en lo que consiste el concepto de *sinthome*. El *sinthome* es una cuarta consistencia introducida por Lacan, que tiene la capacidad de mantener anudadas a las otras tres consistencias (Real, Simbólico e Imaginario). Opera como un reparador del nudo donde en él se ha producido una falla (un lapsus). Para Lacan, si hay *sinthome* no hay equivalencia sexual, es decir que «hay relación» puesto que el *sinthome* no es equivalente a ninguna de las otras consistencias ni es intercambiable con ninguna de ellas.

Así Lacan concluye que: "En efecto si la no relación depende de la equivalencia, en la medida en que no hay equivalencia, se estructura la relación. Hay pues, al mismo tiempo, relación sexual y no hay relación. Allí donde hay relación, es en la medida en que hay *sinthome*, es decir donde el otro sexo es sostenido por el *sinthome*" (2006: 99)

De manera que, hay relación en el *sinthome* y es por él que se sostiene el otro sexo, que en Lacan es siempre el femenino. Pero hay más, este *sinthome* parece ser exclusivo para el hombre; sólo un hombre puede servirse de él en la medida en que, según Lacan, «el *sinthome* es precisamente el sexo al que no pertenezco, es decir una mujer». En ese sentido, tendría algún valor la traducción al castellano del neologismo «*sinthome*» como «*sinthombre*», propuesta por el psicoanalista Roberto Harari (1996). El hombre para la mujer, en cambio, es una "aflicción" o un "estrageo". Sin embargo, para problematizar las cosas, no parece haber una sola respuesta de Lacan en este sentido, pues tres años después de la afirmación antes citada dirá que: «hay el *sinthome*-él y el *sinthome*-ella. [Y que] La relación sexual, es una relación intersinthomatica» (1979: 220), lo cual abre la perspectiva de que él también pueda ser *sinthome*.

Pero aquí reaparecen una serie de interrogantes, como los planteados más arriba. Si se habla de "una mujer", ¿se refiere Lacan a un ser hablante en posición femenina para otro ser hablante? O acaso, ¿se refiere al color mujer en el hombre, refiriendo así a un sólo ser hablante?

En este sentido, resulta preciso pensar estas cuestiones a la luz del paradigmático caso Joyce, quien es para Lacan un psicótico no desencadenado. Lo que falla en Joyce, según Lacan, es la función paterna, que viene a ser reparada por el *sinthome*: este *sinthome* es un recurso que en Joyce corresponde a lo que Lacan llama ego, y que se traduce como el deseo de hacerse famoso, es decir, el gran escritor del siglo por medio de la publicación de sus obras. La reparación proviene de la publicación de sus obras y no de su escritura que más bien es síntoma goce, goce de la letra sin sentido. El *sinthome*, en este caso, posee la función de anudar los tres registros e impedir que lo imaginario quede suelto, pues, los otros dos, real y simbólico, se mantienen unidos a partir del síntoma de la escritura. Es el *sinthome* el que hará de Joyce un hombre, en la medida en que lo imaginario (el cuerpo y el yo) permanezca junto a los otros dos registros.

Pero es preciso preguntarse ¿Dónde aparece el otro sexo en este *sinthome*? ¿Cómo el otro sexo puede estar sostenido por la publicación?

Para evitar seguir en manidas formulaciones, se puede continuar la reflexión sobre lo que indican las cartas de “amor” dirigidas por Joyce a su *única mujer*, Nora Bernacle, intentando con ello entender de qué mujer se trata en este *sinthome* en particular. Es decir, intentar responder si se trata de su esposa, que quizá se posicione como mujer, o si acaso se trata de una posición femenina de Joyce, algo así como “el color mujer del hombre Joyce”.

En estas cartas, donde se expresan fantasías de alto tono erótico, podemos destacar algunos rasgos interesantes:

1. Unificación de la mujer. Si para Freud el hombre está dividido entre un objeto idealizado al que ama (la santa) y uno erotizado, al que desea (la puta), Joyce rompe esa disociación neurótica y reúne esos dos elementos en Nora, la llama por una parte: “Nora, mi fiel querida [...] ¡mi pequeña pajera amante! ¡mi putita cogedora! eres siempre mi hermosa flor silvestre de los setos, mi flor azul oscuro empapada por la lluvia” (Joyce, 1995: 128).

Pero, por otra parte, en situaciones de absoluto desamparo sus apreciaciones frente a esta mujer son muy otras: “¡Sé feliz, amor mío! Pequeña madre mía, tómame en

el oscuro santuario de tu seno. ¡Querida, protégeme del mal! Soy demasiado infantil e impulsivo para vivir solo. ¡Cariño, ayúdame, reza por mí! ¡Esta noche estoy tan, tan desamparado!” (p. 109).

2. Joyce se interesó no sólo en la educación sentimental, sino que también intentó esculpir a Nora a la medida de sus fantasías sexuales, administrando sus dietas y sus vestidos, como lo muestran los siguientes apartados. “Hoy te mandé tres paquetes grandes de cacao” (p. 48). “Espero que tomes diariamente aquel cacao, y aquel cuerpecito tuyo (o mejor, *ciertas* partes de él) estén llenándose un poco. [...] pienso en tus pequeños pechos de muchacha” (p. 65)

“Querida, [...] Intenta mejorar tu salud mientras estoy fuera y, por favor, obedéceme en las pequeñas cosas que te pido que hagas. Lo primero, comer tanto como puedas para llegar a parecerme más a una mujer que a la adorable, esbelta, desgarrada y sencilla muchachita que eres. Si se ha terminado el cacao, dile a Stannie que compre más: cuesta cinco chelines y seis peniques. Mientras tanto toma el otro cacao y chocolate en gran cantidad. Liquidada parte de la cuenta de tu modista. Hoy te he enviado dos libros de modelos para que elijas. El sábado te mandaré siete u ocho yardas de *tweed* de Donegal para que te hagas un vestido nuevo. He estado buscando un juego de pieles para ti, y si mis asuntos por aquí resultan bien, sencillamente te ahogaré en pieles, vestidos, y capas de todas clases. Tengo pensadas algunas pieles muy bonitas para ti” (p. 76)

3. Demandas sexuales que expresan fantasías masoquistas y coprófilas muy particulares. Así le escribe a Nora:

“Castígame tanto como quieras. Me sentiría deleitado de sentir mi carne estremeciéndose bajo tu mano. ¿Sabes lo que quiero decir, Nora mía? Desearía que me pegaras o incluso que me azotaras. No jugando, querida, sino en serio, y en mi carne desnuda. Desearía que fueras dura, *dura*, querida, y tuvieras grandes y orgullosos pechos y muslos rollizos. ¡Me gustaría ser azotado por ti, Nora, amor!” (p. 97)

4. Lacan dice que Joyce emplea el cuerpo de Nora como un guante invertido que se le ajusta bien. Por esto puede entenderse el deseo de Joyce, como lo reflejan sus fantasías escritas, de introducirse, como una mano, en el cuerpo de Nora, enrollarse con él, poseerla absolutamente y realizar el deseo que él mismo escribe así: «deseo ser el dueño de tu cuerpo y tu espíritu».

No obstante, en sus fantasías se revela algo que es preciso resaltar para lo que aquí interesa. Pues en algunas de ellas se registran particulares desplazamientos del hombre Joyce, que parecen ser no sólo otra forma del hombre con su contradicción, sino que, además, muestran que Nora opera como el objeto de la fantasía que le permite

soportar el otro sexo que no es precisamente ella, sino cierta posición femenina de Joyce, que puede llamarse el color mujer del hombre Joyce.

Estas cartas, aunque están cargadas de escenificaciones propias de fantasías sexuales masculinas, muestran no sólo lo que el mismo Joyce llama su “estilo alocado”: una especie de arrebató erótico incontrolado, sino que estas fantasías conducen a Joyce a un punto tal, donde los límites de esa posición masculina, fálica, tan bien descrita, comienzan a interpolarse con el anhelo de ser penetrado por una mujer, como lo muestra el siguiente pasaje: “Cógeme, querida; en todas las nuevas formas que tu deseo sugiera. Cógeme en las escaleras, en la oscuridad, como una niñera cogiendo con su soldado, que le desabotona gentilmente la trusa y desliza su mano en su pajarito [...] hasta que su clítoris está tan firme como el de él y de pronto se lo mete y lo monta” (p. 144)

Es preciso anotar que Nora aparece allí como la mujer dotada del clítoris penetrante que coge a un Joyce ya “alocado”, perdido en el cuerpo imaginado y transformado de una Nora que ya no es ella. Por una especie de transformación imaginaria, Joyce ha quedado en su fantasía locamente penetrado y pasivizado. Como lo apunta Brenda Maddox, la biógrafa de Nora Joyce, al interpretar las cartas eróticas de esta pareja: “Ella [Nora] debía siempre llevar la voz cantante mientras él [Joyce] se situaba como receptor pasivo” (Maddox, 1994: 168). En sus fantasías, Joyce alcanza un éxtasis ciertamente insoportable, y su solución, es decir, el restablecimiento, no lo produce precisamente ninguna escritura, sino sus eyaculaciones. Exhausto, como quien experimenta un suplicio y formula una súplica, Joyce termina diciendo: “¡Basta! ¡Basta per Dio! Me acabo de venir y todas las tonterías han desaparecido”. (Joyce, 1995: 144)

Por otra parte, y para dejar abierto este escrito, ¿no es acaso este último el goce que Lacan llama peniano, marcadamente corporal y al que ubica en la articulación de lo simbólico con lo imaginario, el que sirve de sostén en estos episodios locos de Joyce?

Referencias bibliográficas

Bousseyroux, M. (2006), “Le non rapport sexuel et ce qui y supplée le rapport sexuel y ce qui y pare”. En: *Les réalités sexuelles et l'inconscient*. París: EPFCL.

Freud, S. (1994) "Fragmentos de la correspondencia con Fliess". En: J. Strachey (Ed.) *Obras completas*, Vol. I. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1950).

_____ "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente", En: J. Strachey (Ed.) *Obras completas*, Vol. XII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1910).

_____ "De la historia de una neurosis infantil (Hombre de los lobos)", En: J. Strachey (Ed.) *Obras completas*, Vol. XVII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1914).

_____ "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina". En: J. Strachey (Ed.) *Obras completas*, Vol. XVIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1920).

Harari, R (1996) *Cómo se llama James Joyce?: a partir de «El Síntoma» de Lacan*, Buenos Aires: Amorrortu.

Joyce, J. (1995) *Cartas de amor a Nora Bernacle*, México: Coyoacán.

Lacan, J. (1958e) *El seminario 6 (No establecido): El deseo y su interpretación*, Versión electrónica compuesta por la Escuela freudiana de Buenos Aires.

_____ (1971a) *El seminario 18 (No establecido): De un discurso que no sería de apariencia*, Versión electrónica compuesta por la Escuela freudiana de Buenos Aires.

_____ (1974m) *El seminario 22 (No establecido): R-S-I*. Versión electrónica compuesta por la Escuela freudiana de Buenos Aires.

_____ (1979) "9e Congrès de l'École Freudienne de Paris sur «La transmission»". En: *Lettres de l'École Freudienne de Paris*, París, EFP, N° 25, vol. II.

_____ (1984) "El atolondradicho" En: *Revista Escansión n° 1*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (1998) *El seminario de Jacques Lacan, Libro 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (2002) "La significación del falo". En: *Escritos 2*. Argentina: Siglo XXI.

_____ (2003) *El seminario de Jacques Lacan, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós.

_____ (2006) *El seminario de Jacques Lacan, libro 23: El sinthome*. Buenos Aires: Paidós.

Le Gaufey, G. (2007) *El notodo de Lacan*. Tucumán: Ediciones Literales.

Maddox, B. (1994) *Nora Joyce*, Barcelona: Plaza & Janés.